

LOS ÚLTIMOS

«Los últimos serán los primeros»

Son aquellos que tienen rubor en los zapatos
—su subir escaleras, su frecuentar las colas,
su buscarse en los trenes viajeros de la noche—.
Son los que duermen bajo los puentes,
la cara salpicada de un insulto de luna,
la palidez del rostro reseco de nostalgias,
los dedos carcomidos de un amargo desprecio
porque nunca palparon la madurez del trigo.

Son los que se consumen bajo el gris del crepúsculo
mirando vagamente el sol de las colinas,
los prados ondulantes y el rebaño pacífico;
todo un mundo lejano, polvoriento, imposible.
Los que pisan al raso esas albas del cierzo,
silenciosos, sin sueño, tiesos entre los árboles.

Son los tristes, los rotos bajo la miel del aire,
los callados, los místicos de una pobreza augusta.
No saben donde estar, no piensan a donde ir.
Son los que se reparten por la piel de la tierra
sin más suelo que el que ahora les clava a los ocasos.

Los miraréis vagar donde los luminosos
letreros de los cines, detenerse en las puertas
de los grandes hoteles. Recoger las colillas
del tabaco amarillo con un carmín de labios.
Aspirar brevemente los perfumes, el vaho
caliente de los cuerpos, las risas, unos pasos felices.

Su sarcasmo apenas se pronuncia, son mudos, dolorosos:
Caerán como los trapos golpeados por las rachas
del norte, de las lluvias. Caerán. Se oirá su frío.
chocar contra las piedras. Nadie sabrá su tránsito.
Nadie podrá salvarlos porque no tienen nombre.
Nadie darles un número: no han sido, no existieron.

(Y con todo, sin ellos no se explica la muerte).

Manuel PINILLOS.